

## El artículo filosófico de José Ortega y Gasset<sup>1</sup> The philosophical article of Jose Ortega y Gasset

Ignacio Blanco Alfonso<sup>2</sup>

Universidad CEU San Pablo, Madrid, España  
iblanco@ceu.es

### RESUMEN

El periodismo fue para José Ortega y Gasset un instrumento de intervención social de gran calado en el conjunto de su obra. La mayor parte de sus escritos publicados en vida no solo vieron la luz en las páginas de los periódicos, sino algo más profundo y, por ello, menos evidente: fueron artículos incubados, proyectados y dispuestos para su divulgación a través de la prensa. Esta circunstancia, en contra de lo que pueda creerse desde posiciones academicistas, imprimió un *estilo periodístico* a su modo de filosofar consistente en la búsqueda de la claridad como norma, y en la huida de un lenguaje especializado y esotérico, construido

- 
- 1 Una versión en italiano de este texto fue publicada en: Cacciatore, G. y Mascolo, A. (coords.) (2012): *La vocazione dell'arciere. Prospettive critiche sul pensiero di José Ortega y Gasset*. Bergamo: Moretti & Vitali, pp. 15-36. Otro texto del mismo autor, complementario al presente, puede leerse en: Zamora Bonilla, J. (ed.) (2013): *Guía Comares de Ortega y Gasset*. Granada: Comares, pp. 189-206.
  - 2 Doctor en Periodismo (2003) y licenciado en Ciencias de la Información (1997), se doctoró con una tesis sobre los Géneros periodísticos en la obra de José Ortega y Gasset, galardonada con el Premio Extraordinario a la mejor tesis doctoral 2003-2004 de la Universidad CEU San Pablo. Especialista en la obra y el pensamiento del filósofo madrileño, ha formado parte del equipo de investigación y edición de sus Obras completas y es profesor-investigador del Centro de Estudios Orteguianos. Ha publicado el ensayo *El periodismo de Ortega y Gasset* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2005) y es coautor de varios tratados relacionados con los medios de comunicación. Entre sus contribuciones destaca la serie de artículos de investigación «El aristócrata en la plazuela», publicada en seis entregas de la Revista de Estudios Orteguianos entre 2009 y 2011, y que suponen un exhaustivo recorrido por la biografía periodística de José Ortega y Gasset entre 1902 y 1955. Es profesor agregado de Escritura para los Medios y de Redacción Periodística en la Universidad CEU San Pablo. Fundador y director del Máster Universitario en Periodismo Cultural. Director de Doxa Comunicación, revista interdisciplinar de estudios de Comunicación y Ciencias Sociales ([www.doxacomunicacion.es](http://www.doxacomunicacion.es)). Director del Centro de Orientación e Información de Empleo de la Universidad CEU San Pablo. Anteriormente fue Secretario académico del Instituto de Estudios de la Democracia (2005-2010) y, entre otros méritos, ha disfrutado de una beca José Castillejo de movilidad en Italia, donde ha sido Fellow en el Centro Studi Ligure per le Arti e le Lettere de la Fondazione Bogliasco (Génova - New York).

a base de tecnicismos, que habrían encerrado su filosofía en el ámbito hermético de la cátedra y el libro. La democratización de la filosofía que implica su traslado al periódico está en la raíz constitutiva del pensamiento orteguiano y debe ser estudiado como un rasgo relevante del dominio que ejerció Ortega y Gasset sobre la intelectualidad española de su época.

**PALABRAS CLAVE:** Estilo filosófico, liberación, dramatismo, prensa, crítica

#### **ABSTRACT**

Journalism was to Jose Ortega y Gasset an instrument of social intervention of great significance in the whole of his work. Most of his writings published in his lifetime not only saw the light in the pages of newspapers, but something deeper and therefore less obvious: incubated, designed and prepared for dissemination through press articles. This, contrary to what might be believed from academicians positions, printed a *journalistic style* to his way of philosophizing consisting in seeking clarity as standard, and the flight of a specialized and esoteric language, built with technicalities, that would shut his philosophy in the sealed area of the chair and the book. The democratization of philosophy that involves moving to the newspaper is in the constitutive root of Ortega thought and should be studied as an important feature of domain Ortega y Gasset exerted on the Spanish intellectuals of his time.

**KEY WORDS:** Philosophical style, release, drama, news, critical

## **I. Introducción**

Una de las características fisiognómicas más prominentes de la filosofía de José Ortega y Gasset es la claridad de su estilo. Sin duda que el lector no especializado repara en ello apenas se asoma a cualquiera de sus obras. La facilidad con que Ortega desentraña un problema, el ritmo ascendente de sus razonamientos, la transparencia de su vocabulario pretendidamente escogido, la estrategia retórica fundamentada en la metáfora, provoca que sus lectores vayan asimilando importantes dosis de pensamiento filosófico sin apenas darse cuenta, entretenidos con la argumentación del filósofo como con el nudo de una buena novela.

Este rasgo de su estilo filosófico, que a nadie le pasa desapercibido, no es fruto de la casualidad: «Siempre he creído que es la claridad la cortesía del filósofo», explica Ortega en el curso *¿Qué es filosofía?* (VIII, 134). Sin embargo, la preponderancia de los estudios hermenéuticos sobre su pensamiento ha relegado a un segundo plano el análisis formal de su escritura. El presente capítulo trata

de paliar, de algún modo, esta carencia describiendo el artículo filosófico en la obra periodística de José Ortega y Gasset. Se verá hasta qué punto los ritmos y estructuras del discurso periodístico resultaron consustanciales a su pensamiento; cómo forma y fondo resultan conceptos inseparables en la filosofía del intelectual madrileño.

## II. El estilo es la claridad

«Yo he de hacer el más leal esfuerzo para ser a todos inteligible: siempre he creído que es la claridad la cortesía del filósofo, pero además el honor de la filosofía misma está en su posible claridad, cosa que no acontece en otras ciencias, las cuales interponen entre su tesoro interior y la curiosidad del profano el dragón tremebundo de su tecnicismo» (idem).

He aquí la cita completa de ¿Qué es *filosofía*? Al hablar de la claridad del estilo orteguiano no enfatizamos un aspecto menor de su obra, como queriendo llevar al lector a nuestro terreno. El principal objetivo de la actuación pública de Ortega fue hacerse entender, poner todo el esfuerzo en conseguir una comunicación real y efectiva con quien le escuchaba. Una de las condiciones para superar la contingencia comunicativa consiste en que el emisor emplee el mismo código que el receptor, un mismo lenguaje inteligible y capaz de describir cuestiones filosóficas, pero despojado del «dragón tremebundo de su tecnicismo».

Ortega pronuncia estas palabras en la sesión inaugural del curso ¿Qué es filosofía?, impartido alrededor de 1930 tras dimitir de su cátedra de Metafísica como signo de oposición al régimen político del general Miguel Primo de Rivera, pero continuó con su actividad docente a través de estas conferencias de contenido filosófico que dio en Madrid y publicó en *La Nación* de Buenos Aires. La prensa del momento cubrió con generosidad las lecciones del pensador, que hubieron de trasladarse al Teatro Infanta Beatriz por la expectación que despertaron entre un numeroso público absolutamente heterogéneo; «fue un acontecimiento insólito, inesperado», aseguran los editores orteguianos de 1983.

Pero para nosotros, lo interesante de este episodio es su significado ulterior revelado en el hecho de que hacia 1930, en Madrid, gentes de toda condición y en número inusual mostrasen gran interés por unas lecciones de filosofía. Esta receptividad social no pasó inadvertida para Ortega, que ya en la primera conferencia glosa este hecho multitudinario. «El público empieza de nuevo a sentir necesidad de ideas», escribe, «y a la par siente en ellas *voluptuosidad*» (VIII, 236), es decir, el placer y el gozo de poder saciar una incitación espontánea de su ser. Ortega dedica varios minutos de aquella lección a describir este aparente hecho del interés por

la filosofía. «Nuestro tiempo, por lo visto, tiene *relativamente* al que le precede un destino filosófico y por eso se complace en filosofar —por lo pronto en poner el oído alerta cuando por el aire público pasan revolando filosóficas palabras, en acudir hacia el filósofo como a un viajero, que se supone traer noticias frescas del trasmundo» (ídem).

Este escenario cree encontrar Ortega ante sí: una sociedad ávida de ideas, que ansía despejar su horizonte vital; una sociedad receptiva que acude allí donde intuye que puede descubrir dos o tres ideas con las que ir tirando. Todavía no sabe el filósofo si fracasará en su misión, pero por lo pronto conoce el remedio para intentar que el pensamiento penetre sin dificultad en sus oyentes: evitar el tecnicismo, el término hermético, huir de la filosofía esotérica, expresarla y elaborarla con un lenguaje apropiado para aquel hombre corriente que acude en busca del filósofo como de un oráculo.

Por lo tanto, lo que Ortega prevé es que la filosofía solo podría alcanzar eficiencia social en España si adoptaba un cauce de transmisión que no fuese el universitario. Ortega, como Unamuno, como D'Ors, como Maeztu y otros muchos coetáneos, encuentra en el periódico un *método* propicio para sus objetivos filosóficos, en el sentido etimológico de la palabra método:  $\acute{o}\delta\acute{o}\varsigma$ = camino, y  $\mu\epsilon\tau\acute{\alpha}$ = junto a, al lado de; o sea, un camino paralelo, lo que vulgarmente llamamos *atajo*. Pero, claro, el atajo se toma para alcanzar cuanto antes un destino previsto, luego, la pregunta inevitable es ¿adónde quiere llegar Ortega por el *atajo periodístico*?

La respuesta nos la brinda el propio autor en el *Prólogo a una edición de sus Obras*, de 1932:

Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. Hacia ese señorío de la luz sobre sí mismo y su contorno quería yo movilizar a mis compatriotas. Sólo en él tengo fe; sólo él realzará la calidad del español y le curará de ese sonambulismo dentro del cual va caminando siglos hace.

[...] Pero esta propaganda de entusiasmo por la luz mental —el *lumen naturale*— había que hacerla en España según su circunstancia impusiera. En nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar. Las formas del aristocratismo «aparte» han sido siempre estériles en esta península. Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que aceptar ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico (V, 88-98).

A pesar de las profundas diferencias del autor con la prensa y del riesgo de que su obra quedase rebajada a simple ocasionalismo, Ortega parece no tener dudas: «Aprovecho la ocasión para decir a los que años y años censuraron mi solitud periodística que no tenían razón. El artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantescamente lo desdeña no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia. Ahora me dan la razón fuera y se ponen a escribir artículos los que nunca lo hicieron» (V, 99).

Esta cita adquiere más significado, si cabe, cuando se lee junto al *Prólogo para alemanes*, uno de los pocos textos autobiográficos que Ortega nos legó, en el que recuerda su época de estudiante, cuando «iba a Alemania para traerme al rincón de la ruina la cultura alemana y allí devorarla». Nos encontramos ante un hombre que fue plenamente consciente de su quehacer y de su circunstancia: «España necesitaba de Alemania. Yo sentía mi ser de tal modo identificado con mi nación, que sus necesidades eran mis apetitos, mis hambres» (IX, 133).

Por lo tanto, el contacto con la filosofía durante los años de estudio en Alemania produce en Ortega varias certidumbres: por un lado, que España necesita del *lumen naturale* de la filosofía para zafarse del sonambulismo; por otro lado, que es inútil cualquier «propaganda de entusiasmo por luz mental» si no es a través del único cauce eficiente en esta península: el periódico, o sea, lo eventual, lo breve, lo ocasional:

De mis estudios en Alemania, rigurosamente científicos, hechos sobre todo en la Universidad, donde la filosofía era entonces más difícil, más «técnica», más esotérica, saqué la consecuencia de que yo debía dedicar bastantes años a escribir artículos de periódico (ídem).

La visión de Ortega es plenamente congruente con el momento histórico en que escribe. Durante el siglo XIX la prensa se va transformando en prensa de masas, especialmente tras el nacimiento de la llamada *penny press* en Estados Unidos y su influencia irradiada por toda Europa. El periódico se transforma paulatinamente en un poderoso medio de presión social. El momento es histórico para que la filosofía, acaso por primera vez en la historia, comience a abrirse camino en un medio que hasta entonces le era extraño. La transmisión del conocimiento filosófico siempre se había producido dentro del ámbito más consustancial a su propia naturaleza abstracta, la Universidad, y no era esta, desde luego, un modelo de institución democrática. El filósofo español Ignacio Sotelo llama la atención sobre el hecho de que «no se haya insistido suficiente en la revolución que implicó haber llevado la filosofía a las páginas de los periódicos; la

filosofía pierde su carácter esotérico, es decir, elitista, y se democratiza tanto en la forma como en el contenido»<sup>3</sup>.

El caso de la filosofía de José Ortega y Gasset es paradigmático para comprender hasta qué punto el periódico influyó en el modo de hacer filosofía. Por sus características estructurales, fundamentalmente determinadas por la falta de tiempo y de espacio, no era posible la sistematicidad de los largos discursos; al contrario, el filósofo tenía que habérselas en un medio ocasional, muy pegado a lo momentáneo y cotidiano, en el que los pensamientos pudieran aprehenderse sin demasiado esfuerzo intelectual, expresados en un lenguaje culto pero nivelado por la capacidad media del gran público.

Esta democratización de la filosofía nos acerca a ciertas características del pensamiento contemporáneo y nos ayuda a comprenderlo mejor, como indica Sotelo al describir los rasgos constitutivos de la *filosofía de periódico*: «Su arraigo en la experiencia cotidiana; su índole fragmentaria, casi aforística, resultan incomprensibles si no se toma en consideración la influencia del periódico. La cátedra invita al sistema; el estudiante pide un mundo cerrado, acabado, repleto de seguridades; ni más ni menos que lo que promete la institución. En cambio, si se filosofa en el periódico, no cabe aspirar a construir un sistema. El fracaso de la filosofía sistemática acercó al filósofo al periódico, pero también la necesidad de comunicar por medio del periódico acabó por hacer imposible el sistema» (ídem).

La labor intelectual que Ortega y otros coetáneos desarrollan a través de los periódicos más influentes de España y América es la mejor prueba de que cada época impone un género filosófico. Esta es la idea que Ortega transmite cuando incardina su vocación intelectual con el momento histórico que le ha tocado vivir y la perentoria necesidad de decir lo que hubiera que decir en las efímeras columnas del periódico.

En resumen, esta mezcla aparentemente imposible entre filosofía y periodismo, nos permite concluir que, por un lado, en el momento en que la filosofía se traslada al periódico, lo primero que ocurre es que ese filosofar se adapta a un estilo (el periodístico) que, en principio, le es extraño; por otro lado, ese filosofar persigue una intención nueva con su mudanza: llegar al mayor número de lectores, por eso el traslado del canal especializado y minoritario en que residía al medio de comunicación de masas con el fin de alcanzar al gran público.

---

3 Sotelo, I., «Filosofía de periódico», *El País* (Madrid), 22-11-1983, p. 11

### III. Liberación y corsé del artículo periodístico

La adopción por parte de la filosofía de un estilo comunicativo que le es extraño representa uno de los rasgos más visibles del fenómeno. En las páginas precedentes hemos justificado por qué Ortega, en una circunstancia determinada, opta por el periódico como único método con eficacia social para inocular entre sus compatriotas el afán de claridad sobre las cosas, el *lumen naturale* que tantas veces evocará con el verso de Goethe: *Yo me confieso del linaje de ésos que de lo oscuro a lo claro aspiran*.

La prensa, sin embargo, obligará al escritor de artículos filosóficos a adoptar una actitud comunicativa determinada por los rasgos distintivos de la prensa periódica, es decir, con el ritmo, la brevedad y el estilo que ella impone. El texto sería diferente si hubiera sido creado para el libro, que tiene su propio ritmo y extensión, distintos, desde luego, a los del artículo de periódico; como distinto es también el destinatario. Lo advierte el propio Ortega:

Lo primero que necesito decir de mis libros es que propiamente no son libros. En su mayor parte son mis escritos, lisa, llana y humildemente, artículos publicados en los periódicos de mayor circulación de España (IX, 130).

La advertencia, en realidad, es una precaución que adopta Ortega para subrayar el hecho de que aquellos textos fueron elaborados y pensados para un lector concreto («Yo le hablaba a Juan», dirá), no para la humanidad, no para el «hombre en general». Más adelante volveremos sobre esta idea; por ahora basta con subrayar que el periodismo impone un estilo de redacción suficientemente ágil y transparente que alivie el vértigo del eventual lector medio que se asoma por primera vez al acantilado filosófico. El hecho de que Ortega filosofe en las páginas de un periódico imprimirá a sus artículos un estilo luminoso y nítido que le permitirá embotellar incluso en las cabezas menos despiertas principios acaso oscuros y turbios.

Es hora de reconocer, sin embargo, que esta adaptación de la filosofía a un lenguaje exento de tecnicismos, a unos márgenes estrechos y a un lector no especializado, tarde o temprano pasarán factura. La filosofía de periódico sufre como ninguna otra la constante mutilación de gran parte de sus pruebas y demostraciones, pues la angostura de la prensa impide al filósofo completar su argumentación. De ahí que la técnica del articulista tenga que ser la del ensayista, que ofrece al lector múltiples maneras de mirar la realidad, que quiere descubrirle en las cosas aspectos inadvertidos.

Pero claro, la estrechez del periódico siempre es un corsé, y Ortega se siente, a menudo, atrapado en él. Como nos revela en «Meditación del marco» (II, 431-436), son tantas las cosas y hay tanto que decir sobre la más humilde de ellas, que lamenta no tener tiempo ni espacio más que para insinuarlas y dejar que sea el lector el que continúe, y quizá concluya con su esfuerzo, la reflexión. «El lector no sospecha los apuros que un hombre pasa para escribir un solo pliego. ¡Son de tal suerte maravillosas las cosas todas del mundo! ¡Hay tanto que decir sobre la menor de ellas! ¡Y es tan penoso amputar a un asunto arbitrariamente sus miembros y ofrecer al lector un torso lleno de muñones!» (II, 432).

Dicho esto, al revisar la biografía orteguiana pronto descubrimos que tanto el artículo de periódico como el ensayo fueron las formas de creación literaria más apropiadas para un genio de su condición. De hecho, ningún género más propicio que el ensayístico para su concepción filosófica de la vida; de esto trata su filosofía vital, del aquí y del ahora. Ortega se siente atrapado y estimulado por lo circunstancial, por eso reclama para sí el estilo ensayístico que le permitirá avanzar sin las interrupciones constantes de las pruebas científicas.

Su discípulo Julián Marías lo explica así: «Escribir un libro requiere un temple algo más ascético que el de Ortega. [...] La voluptuosidad de los temas, que Ortega sentía de modo intensísimo y que hizo de él, no sólo un intelectual, sino un escritor en la plenitud del término, lo distraía con demasiada frecuencia hacia cuestiones incidentales, y sobre todo hacia nuevos asuntos, con perjuicio de la economía interna de los libros. Antes de concluirlos se sentía atraído y arrebatado hacia otros temas. Y, quizá sobre todo, su innovación en el estilo y en la recreación de los géneros literarios menores, el artículo y el ensayo, absorbió su atención y su capacidad durante muchos años»<sup>4</sup>.

El carácter ensayístico de su obra es algo que se percibe desde muy pronto, ya incluso desde su primer libro concebido como tal, *Meditaciones del Quijote* (1914), en el que Ortega advierte al lector de que «estas *Meditaciones*, exentas de erudición —aun en el buen sentido que pudiera dejarse a la palabra—, van empujadas por filosóficos deseos. Sin embargo, yo agradecería al lector que no entrara en su lectura con demasiadas exigencias. No son filosofía, que es ciencia. Son simplemente unos ensayos. Y el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita. Para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta. Pero le es lícito borrar de su obra toda apariencia apodíctica, dejando las comprobaciones meramente indicadas en elipse, de modo que quien las necesite pueda encontrarlas y no estorben, por otra parte,

---

<sup>4</sup> Marías, J., *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, 2.ª ed., p. 302.

la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados. Aun los libros de intención exclusivamente científica comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos; se suprime en lo posible las notas al pie, y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una elocución más orgánica, movida y personal» (I, 753).

La intención del intelectual madrileño por eliminar los obstáculos que pudieran interponerse entre el mensaje y el lector está presente en el conjunto de su obra periodística, incluida la de contenido filosófico. Ortega supo leer el sentido de su tiempo, dominado por la prisa y el ruido, y adaptó su mensaje al cauce de comunicación preferido por el hombre moderno. Según Alfredo Carballo Picazo, el ensayo resulta muy apropiado para «este individuo sin tiempo para leer, para meditar, disperso en sus múltiples quehaceres». Se comprende así la utilidad de una prensa que «le suministra una cultura barata, de breve alcance y menos profundidad. Se pide intensidad, no extensión: de ahí el éxito de los géneros literarios menores: artículo, novela corta o fragmentada, cuento, ensayo. El ensayista no escapa de esta norma vital: le urge comentar los múltiples aspectos de nuestro vivir. Con ritmo apresurado. Casi de periódico. Intensidad diluida, accesible fácilmente. Estar al día con poco esfuerzo. El ensayo satisface, en gran parte, ese deseo. Nos habla del libro último, de la exposición o del concierto, de problemas fundamentales, en tono menor. Con visión crítica, inteligente»<sup>5</sup>.

Sobre cómo soluciona Ortega el problema del espacio limitado del periódico, nos obliga a indicar una peculiaridad de sus libros bien conocida, y es que, exceptuando dos o tres monografías, todos los volúmenes impresos por el filósofo vieron antes la luz en las planas de algún rotativo. El salto del periódico al libro producía en ocasiones que el autor tuviera que intervenir en los artículos originales para dotarlos de la necesaria coherencia y unidad. Ricardo Senabre apunta que, si bien algunos de «los artículos incorporados más tarde a libros, como capítulos o partes de los mismos, fueron colocados en el libro tal y como habían aparecido en los periódicos, sin mutación alguna, otros, en cambio, necesitaron una refundición previa para amoldarse a la nueva estructura que el libro imponía»<sup>6</sup>.

Esta circunstancia parece connatural al género periodístico, pues el artículo es justamente fragmento o parte de una unidad de pensamiento superior (*artus* quiere decir *parte*). El hecho de ser *parte de un todo* permite estudiar cada artículo

---

5 Carballo Picazo, A., «El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España», *Revista de Literatura*, n.º 9/10, Madrid, 1954, p. 133.

6 Senabre, R., «Correcciones y variantes en textos orteguianos», en VV. AA., *Homenaje a la memoria de Don Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970)*. Madrid: Castalia, 1975, pp. 611-621.

de periódico como una unidad incardinada a un *corpus* de escritos que le proporciona un significado más completo. En obras periodísticas como la de Ortega, tan extensa y dilatada en el tiempo, el análisis de sus artículos como fragmentos resulta sumamente fructífera.

Como señala Marías, los artículos filosóficos de Ortega debían ser «unidades semánticas independientes entre sí», de forma que pudieran ser leídos de uno en uno y comprendidos por el lector en ese mismo instante, sin necesidad de recurrir a otras fuentes (otros artículos anteriores, por ejemplo) para adquirir significado. En realidad, esta cualidad es muy periodística, pues parece condición inherente a todo artículo de prensa el quedar anclado en las veinticuatro horas de vigencia del periódico. No ocurre así con el libro, que necesita del resto de capítulos para que uno solo de ellos tenga significado y su lectura no arroje un grado insoportable de inconclusión. Por lo tanto, un artículo de periódico es una unidad de significado en sí y por sí mismo.

En cuanto al carácter sistemático y conexo de los artículos orteguianos, fijémonos en que a pesar de la adaptación del discurso filosófico a un soporte que le era extraño, Ortega no abandonó a la contingencia diaria de la prensa la doctrina filosófica inherente al conjunto de su obra. Al contrario, el autor quiso que bajo sus artículos, en tanto que piezas desgajadas de un conjunto virtual, latieran los principios generales de su filosofía. Por eso subyace en ellos un hilo conductor que, según Julián Marías, es «el requisito constitutivo de un género que se pueda llamar *artículo filosófico*: si no se trata de una unidad “suficiente”, no es un artículo; si no está presente en él la doctrina filosófica general que permite la articulación sistemática con los demás, no es *filosófico*, por muchas ideas que contenga»<sup>7</sup>.

#### **IV. Aspectos estructurales del artículo filosófico**

Entre las características de la estructura de los artículos filosóficos de Ortega y Gasset sobresalen dos: 1. diálogo con el lector, y 2. dramatismo de la idea.

##### **IV. 1. Diálogo con el lector**

La construcción de los textos argumentativos en la obra de Ortega consiste en un *diálogo* permanente con el lector. Se trata de una preocupación constante por no perder de vista a aquel a quien habla y considerarlo en su circunstancia, de modo que sus razonamientos sean conducidos imperceptiblemente hacia un redil de ideas premeditado por el filósofo. La filosofía de Ortega quiere evitar, en cualquier caso, el monólogo interior, por lo que su estilo recuerda a la mayéu-

---

<sup>7</sup> Marías, J., *op. cit.*, p. 297.

tica socrática según la cual, el maestro, mediante preguntas, va haciendo que el discípulo descubra nociones que en él estaban latentes. La dificultad consiste en que no es suficiente con que el filósofo interpele al lector, es necesario, además, que este atienda, muestre interés por aquello que se le plantea y conteste. ¿Cómo consigue el escritor implicar al lector en este diálogo?

Hay que decir, en primer lugar, que Ortega acerca al lector a problemas bien conocidos por él. El nudo de sus escritos se fundamenta en la realidad circundante; no busca en el más allá, sino que, como se ha dicho, son preocupaciones que parten del aquí y del ahora. Es, por lo tanto, una filosofía de la vida alrededor, pero nótese bien, de la vida alrededor del lector. Lo explica Ortega en el *Prólogo para alemanes* al describir la naturaleza dialógica de toda comunicación humana:

Las ideas referentes a auténticas realidades son inseparables del hombre que las ha pensado —no se entienden si no se entiende al hombre, si no nos consta *quién* las dice. El decir, el *logos* no es realmente sino reacción determinadísima de una vida individual. Por eso, *en rigor*, no hay más argumentos que los de hombre a hombre. Porque, viceversa, una idea es siempre un poco estúpida si el que la dice no cuenta al decirla con *quién* es aquél a quien se dice. El decir, el *logos* es, en su estricta realidad, humanísima conversación, *diálogos, argumentum hominis ad hominem*. El diálogo es el *logos* desde el punto de vista del *otro*, del prójimo.

Esta ha sido la sencilla y evidente norma que ha regido mi escritura desde la primera juventud. Todo decir dice algo —esta perogrullada no la ignora nadie—, pero, además, todo decir dice ese algo a alguien [...] Si el lector analiza lo que ha podido complacerle de mi obra, hallará que consiste simplemente en que yo estoy presente en cada uno de mis párrafos, con el timbre de mi voz, gesticulando, y que, si se pone el dedo sobre cualquiera de mis páginas, se siente el latido de mi corazón (IX, 127).

Por lo tanto, el primer rasgo que percibimos apenas nos asomamos a los artículos filosóficos de este autor es una fabulosa proximidad con los problemas concretos de su tiempo, propiedad, por otra parte, netamente periodística pues no hay género literario más imbricado en la vida real y momentánea que el periódico.

En segundo lugar, y muy vinculado con lo anterior, la citada mayéutica orteguiana consiste en ir girando sobre el objeto tratado de modo que cada perspectiva produzca en él múltiples visiones. Ortega lo expresa con la imagen de los hebreos conquistando Jericó, asediándola desde el exterior a base de círculos concéntricos. La teoría del punto de vista —como es sabido— resulta consustancial a la filosofía orteguiana. En el caso que nos ocupa, en particular, hay que entenderla como una consecuencia más de la vocación intelectual expresada por

Ortega al asumir su designio de ser faro en la oscuridad. El autor se propone, por este orden, *elevantar* el espíritu de sus compatriotas y *conducirlos* hacia una atalaya que le permita ver qué hay a su alrededor. Una vez allí, con la perspectiva adecuada, el hombre podrá contemplar su *circunstancia* y *saber a qué atenerse*; además, deberá aprender a *amar* las cosas que le rodean porque solo en ellas encontrará su salvación.

Esta es de forma sucinta y esquemática la razón latente en la teoría del perspectivismo expuesta al comienzo de las *Meditaciones del Quijote*, cuando Ortega se dirige al lector y le avisa de que esos ensayos:

son más bien lo que un humanista del siglo XVII hubiera denominado «salvaciones». Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho —un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor—, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones. Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla, para que logre esa su plenitud. Esto es amor —el amor a la perfección de lo amado (I, 747).

Pues bien, la forma como Ortega construye sus artículos se fundamenta en ir asediando los problemas a base de círculos concéntricos, de modo que el lector repare en las múltiples aristas de las cosas, las comprenda y pueda, a través de ellas, llegar a la plenitud de su significado. Esta es la misión exegética que se propone Ortega, y desde luego que sus artículos filosóficos se inscriben en este orden de actuación.

Formalmente el resultado es un texto escalonado, en el que el ritmo es ascendente. Como en la mayéutica, el filósofo propone al lector nuevos puntos de vista sobre el objeto, suele llamar su atención sobre aspectos curiosos y solo en apariencia intrascendentes, aspectos que, sin embargo, provocan que el lector comprenda de súbito la dirección adonde apuntan e, ingenuamente, crea haberlos descubierto por sí mismo. Este razonamiento contiene un poder de sugestión formidable al ser el interlocutor quien descubre el sentido oculto de las cosas, quien, como diría Ortega, cae en brazos de la verdad como por un escotillón.

Unos artículos tomados de *La rebelión de las masas*, probablemente uno de los ensayos más populares del intelectual madrileño, son un buen ejemplo de esta característica estructural de sus artículos filosóficos. Apenas nos adentramos en «El hecho de las aglomeraciones», uno de los primeros capítulos, comenzamos a caer en la cuenta de que, efectivamente, todo a nuestro alrededor está lleno, que

no hay sitio. Escribe Ortega: «Las ciudades están llenas de gente. Las casas, llenas de inquilinos. Los hoteles, llenos de huéspedes. Los trenes, llenos de viajeros. Los cafés, llenos de consumidores. Los paseos, llenos de transeúntes. Las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos. Los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de espectadores. Las playas, llenas de bañistas. Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio» (IV, 393).

La fuerza de este estilo filosófico reside en que Ortega consigue construir sus textos de un modo tal, que hasta que no leemos las evidencias enumeradas no caemos en su cuenta, y nos parece que nunca habíamos reparado en ellas, que, de repente, las acabamos de descubrir. Este aparente modo de hablar al lector sobre trivialidades consigue implicarlo definitivamente en el argumento como en una tela de araña. En este sentido, la mayéutica orteguiana es implacable cuando interpela directamente al lector: «¿Cabe hecho más simple, más notorio, más constante, en la vida actual?».

A partir de aquí, es decir, habiendo tomado de la realidad un hecho que de puro evidente el lector ni se lo había planteado, el filósofo invita a su interlocutor a un sencillo juego: «Vamos ahora a punzar el cuerpo trivial de esta observación —le propone— y nos sorprenderá ver cómo de él brota un surtidor inesperado, donde la blanca luz del día, de este día, del presente, se descompone en todo su rico cromatismo interior».

Observemos cómo el juego continúa en un nuevo círculo concéntrico: «¿Qué es lo que vemos y al verlo nos sorprende tanto? —vuelve a plantear Ortega—. Vemos la muchedumbre, como tal, posesionada de los locales y utensilios creados por la civilización. Apenas reflexionamos un poco, nos sorprendemos de nuestra sorpresa. Pues qué, ¿no es el ideal? El teatro tiene sus localidades para que se ocupen; por tanto, para que la sala esté llena. Y lo mismo los asientos el ferrocarril y sus cuartos el hotel. Sí; no tiene duda. Pero el hecho es que antes ninguno de esos establecimientos y vehículos solía estar lleno, y ahora rebosan, queda fuera gente afanosa de usufructuarlos. Aunque el hecho sea lógico, natural, no puede desconocerse que antes no acontecía y ahora sí; por tanto, que ha habido un cambio, una innovación, la cual justifica, por lo menos en el primer momento, nuestra sorpresa».

Y para rematar esta faena inicial, una frase colofón divertida, mitad paradójica, mitad ironía: «Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender. Es el deporte y el lujo específico del intelectual».

El resultado, como anticipado, es un texto escalonado con ritmo ascendente, en el que, peldaño a peldaño, el filósofo va elevando la perspectiva del lector y variando su punto de mira, de modo que al cabo de unas cuantas páginas habrá digerido varias dosis de pensamiento que le permitirán, en el mejor de los casos, comprender el mundo que le rodea y que le ha tocado vivir, su circunstancia.

#### IV. 2. El dramatismo de la idea

El otro rasgo que hemos destacado en la arquitectura de los artículos filosóficos de Ortega y Gasset tiene que ver con el *dramatismo de la idea*. A diferencia del aspecto anterior, que se refiere a una característica estructural, ahora aludiremos a una cuestión puramente lingüística, aunque en cierto modo vinculada con la naturaleza dialógica de la comunicación humana.

La circunlocución *dramatismo de la idea* pertenece al propio Ortega, y ya fue resaltada, entre otros, por Julián Marías cuando describió esta especificidad de la retórica orteguiana. «El artículo, tal como Ortega lo entiende, tiene que ser un “principio” que no puede ser lógico, sino un principio de vivificación. En otras palabras, tiene que ser una *unidad dramática*. Por otra parte, su brevedad lo obliga a ser, más que *dialéctico*, visual o *intuitivo*. Tiene que fundarse, más que en “encadenamientos” de ideas, tan expuestas al pensamiento inercial y a la mecanización terminológica, en evidencias. La necesidad de “argumento” de cada artículo ha hecho que Ortega escriba siempre una filosofía alerta, que no perdiese de vista la realidad, que no se enreda en sus propias ideas»<sup>8</sup>.

Pues bien, después de todo lo explicado en el punto anterior, lo que cabe pensar es que el *estilo dramático* de sus artículos surgió como una consecuencia más de la voluntad de diálogo con el lector, y que fue utilizado para contribuir y mejorar la asimilación de la filosofía. El dramatismo, esto es, la capacidad de interesar y conmover vivamente, consiste en la intensificación de las ideas que evita el debilitamiento de la atención del lector, sobre todo frente a problemas áridos, esteparios, en los que una mente no entrenada podría desfallecer. Como el método mayéutico consiste en implicar al lector en los razonamientos para que sea él mismo quien lleve los argumentos hasta sus últimas consecuencias, es inevitable que cierta patética del discurso emane espontáneamente, de modo que sus efectos retóricos funcionen como señuelos que recuperan la atención distraída del interlocutor. Dicho de otra forma, cada idea se expone como si fuera la única, la más importante en cada momento, como si no existiera nada más sublime fuera de ella. Podemos pensar que este dramatismo es de origen genético en la filosofía

---

<sup>8</sup> *Ibidem*.

de Ortega, es decir, que le salía espontáneamente, sin tener que buscarlo, aunque tuviera en su maestro Cohen un buen ejemplo de la patética. En el *Prólogo para alemanes* evoca Ortega, precisamente, esta cualidad:

Hombre apasionado, Cohen, la filosofía se había concentrado en él como la energía eléctrica en un condensador y la faena gris de una lección había quedado convertida en sólo rayos y centellas. Era un formidable escritor, como era un formidable orador. Cuando yo le oí, su elocuencia se había reducido ya a pura patética. Pero entiéndase bien, de la más exquisita clase. Era pura retórica, pero no *mala* retórica, linfática, fofa y sin verdad íntima. Todo lo contrario. Su frase era, para ser alemana, anormalmente breve, puro nervio y músculo operante, súbito puñetazo de boxeador. Yo sentía cada una de ellas como un golpe en la nuca.

[...] Su prosa, hablada o escrita, era de índole bélica y, como casi siempre lo bélico, aunque, un poco barroca, profundamente elegante. De él aprendí yo a extraer la emoción de dramatismo que efectivamente yace en todo gran problema intelectual, mejor aún, que todo problema de ideas es. La más alta y fecunda misión del profesor universitario es disparar ese dramatismo potencial y hacer que los estudiantes en cada lección asistan a una tragedia (IX, 142-143).

Queda claro el sentido del dramatismo aludido y cómo Ortega fundamentó su expresión literaria en la retórica, en el belicismo semántico de los conceptos, en agotar las posibilidades expresivas de las palabras a la hora de representar las ideas. La metáfora última del profesor que dispara el dramatismo para que los estudiantes, en cada lección, asistan a una tragedia, es la mejor manera de evocar este estilo de los artículos filosóficos de Ortega y Gasset.

## V. La filosofía y la prensa

Lo expuesto hasta aquí podría inducir al error a quien creyera que la relación de Ortega con la prensa transcurrió dentro de la normalidad, así aparentada en las páginas precedentes. Que Ortega tuviera la visión, como otros coetáneos, de que solo a través de los periódicos su voz sería escuchada en esta península, no quiere decir que aceptara acríticamente la naturaleza del periodismo. Los periódicos siempre han sido un negocio necesitado del gran público para la subsistencia. En los albores de la sociedad de masas se acentúa el carácter mercantil de la información, lo que favoreció la propensión por el suceso y la noticia espectacular. En las sociedades modernas y complejas, lo importante ha perdido la batalla contra lo interesante, y ello se aprecia en la crítica de ciertos intelectuales del momento, como Walter Lippmann en Estados Unidos y José Ortega y Gasset en Europa.

La obra de Lippmann, acaso uno de los periodistas e intelectuales más influyentes en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX, contiene la misma crítica a la prensa de masas que encontramos en Ortega, y ambos coinciden en la clave del problema: la necesidad de que el periodista reciba una formación desde la perspectiva universitaria, de modo que adquiera otra noción de la realidad<sup>9</sup>. Como no todo lo que tiene la capacidad de concitar el interés de muchos merece ocupar un espacio en los medios de comunicación, es necesario que los hombres encargados de jerarquizar las noticias dispongan de una visión global y universal de la realidad. Solo una casta de periodistas convenientemente formada y capacitada podrá elevar a los periódicos a la altura de la complejísima misión que las sociedades modernas han depositado en la prensa. ¿De qué se trata, por tanto?

En la obra de Ortega está enunciado con bastante claridad en las páginas de *Misión de la Universidad* (1930). Este texto le supuso a Ortega un enfrentamiento con el editorialista de *El Sol*, periódico que él mismo fundó en 1917 con Nicolás María de Urgoiti. Ciertamente Ortega arremete contra los periodistas calificándolos como una de «las clases menos cultas de la sociedad», y critica «la visión periodística», obnubilada por «lo que momentáneamente mete ruido»:

Yo no quisiera molestar en dosis apreciable a los periodistas. Entre otros motivos, porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista. Pero es ilusorio cerrarse a la evidencia con que se presenta la jerarquía de las realidades espirituales. En ella ocupa el periodismo el rango inferior. Y acaece que la conciencia pública no recibe hoy otra presión ni otro mando que los que le llegan de esa espiritualidad ínfima resumada por las columnas del periódico. Tan ínfima es a menudo, que casi no llega a ser espiritualidad; que en cierto modo es antiespiritualidad. Por dejación de otros poderes, ha quedado encargado de alimentar y dirigir al alma pública el periodista, que es no sólo una de las clases menos cultas de la sociedad presente, sino que, por causas espero transitorias, admite en su gremio a pseudointelectuales chafados, llenos de resentimiento y de odio hacia el verdadero espíritu. Ya su profesión los lleva a entender por realidad del tiempo lo que momentáneamente mete ruido, sea lo que sea, sin perspectiva ni arquitectura. La vida real es de cierto pura actualidad; pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante. [...] Cuanta más importancia substantiva y perdurable tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un «suceso» y dar lugar a una noticia (2005, 567).

---

9 Cfr. Lippmann, W., *Liberty and the news*. New York: Harcourt, Brace and Howe, 1920.  
Lippmann, W., *Public opinion*. New York: Macmillan, 1922.

Sin embargo, sus palabras no se entendieron bien en aquel momento, y también nosotros corremos el riesgo de no comprender hacia dónde iba exactamente dirigida la crítica de Ortega. No es contra los periodistas contra quienes ajusta sus cuentas el filósofo, sino contra los poderes espirituales que han desistido de su función social, o sea, el Estado y la Universidad. De entre las «realidades espirituales» (término que Ortega toma de la filosofía de Augusto Comte) y por dejación de los demás, solo la Prensa queda en pie, con su propensión natural hacia lo estrambótico y lo espectacular, para dirigir los designios públicos.

La publicación de aquella polémica entrega de *Misión de la Universidad* supuso que Ortega recibiera la crítica del propio editorialista de *El Sol*, de modo que Ortega, «periodista de toda la vida», como decía de sí mismo, se sintió obligado a publicar una aclaración. El 13 de noviembre de 1930 apareció en *El Sol* «Sobre el poder de la prensa», donde leemos los siguientes argumentos que contextualizan adecuadamente el sentido de la crítica orteguiana:

Normalmente han coexistido en la historia diversos «poderes espirituales», y sólo esta pluralidad de poderes diferentes y más o menos antagonicos asegura la salud social. Esos poderes tuvieron y tienen —inexorablemente— rangos distintos, aunque todos son, en efecto, espirituales. [...] Pues bien: yo pienso, acaso con error, que hoy no posee plena vivacidad más que un sólo «poder espiritual» —el de la Prensa. Ahora bien: éste, por la naturaleza misma de la Prensa, es el menos elevado de los «poderes espirituales». Situación tal me parece funestísima. Y pido en consecuencia, no que la Prensa deje de ser un «poder espiritual», sino que no sea el único y que sufra la concurrencia y corrección de otros. De uno, por lo pronto: la Universidad.

[...] La interpretación periodística es y será siempre la perspectiva de lo momentáneo como tal. Por mucho que colaboren en el periódico los universitarios, la perspectiva, tono, tendencias y modos dominantes serán los periodísticos. La interpretación universitaria de las cosas es y será siempre la de acentuar en la actualidad lo no momentáneo (IV, 345-346).

Esta crítica que Ortega lanza al periodismo en 1930 se encuentra en su obra desde mucho antes. Para el filósofo, en consonancia con la crítica de la prensa de masas, el problema siempre fue la falta de «arquitectura» intelectual de los periodistas, es decir, la capacidad para edificar una jerarquía informativa que asegure la salud social. En dicha jerarquía tendrían cabida ideas y pensamientos que, alejados de lo eventual, servirían para tomar el pulso a la sociedad. Por lo tanto, el problema parece residir en el concepto de actualidad, que en periodismo es un concepto bastante complejo. Escribe Ortega hacia 1911:

Pero hay otra clase de hechos que suelen asomar con menos frecuencia en las columnas de los diarios: estos hechos son las ideas. ¿Por ventura no son actuales las ideas? Actual no es lo que ahora, en este instante acaece, sino lo que actúa, lo que influye en los hombres y en las formas de su trato y sociedad.

[...] Las cosas son solo la superficie de las ideas, como las Islas Marianas son una ligera capa de tierra sostenida por montes de coral. Día vendrá en que no sea raro hallar en los periódicos noticias que comiencen así: «En tal pueblo de Alemania acaba de estallar una nueva teoría ética». Noticias de este género pueden ser de mayor actualidad que otras cualesquiera, pues a la vuelta de diez, de veinte años, acaso esa teoría, ese aparente juego de palabras haya transformado el ambiente social y con él los derechos y los deberes, las instituciones, el régimen de impuestos y los usos mercantiles (I, 473-474).

En conclusión, la actuación periodística de José Ortega y Gasset debe considerarse como una obra de gran calado en el conjunto de su producción intelectual. Fue así porque intuitivamente el filósofo comprendió su España y el signo del tiempo que le había tocado vivir. Afrontó la temprana y poderosa vocación de poner su vida al servicio de su patria para contribuir a su enriquecimiento cultural, y fruto de ello Ortega siente que solo podrá desempeñar su misión con las armas comunicativas del periodismo. Esta es la razón de que casi toda su obra intelectual haya sido alumbrada entre los estrechos márgenes de los periódicos, dócil a la tiranía de la brevedad y de la claridad.

Fue plenamente consciente de que sería juzgado por ello, de que la Academia censuraría esta democratización de la filosofía, pero es que simplemente no quedaba otra. El paso del tiempo, sin embargo, ha permitido que intelectuales de peso como Max Weber glosen la valentía de los que, como Ortega, se expusieron a los vaivenes de la prensa en la aventura de salvar a los demás de su propio naufragio vital: [El periodista] «pertenece a una especie de casta paria que la sociedad juzga siempre de acuerdo con el comportamiento de sus miembros moralmente peores. Así, logran curso las más extrañas ideas acerca de los periodistas y de su trabajo. No todo el mundo se da cuenta de que, aunque producida en circunstancias muy distintas, una obra periodística realmente buena exige al menos tanto espíritu como cualquier obra intelectual, sobre todo si se piensa que hay que realizarla aprisa, por encargo y para que surta efectos inmediatos. Como lo que se recuerda es, naturalmente, la obra periodística irresponsable, a causa de sus funestas consecuencias, pocas gentes saben apreciar que la responsabilidad del periodista es mucho mayor que la del sabio y que, por término medio, el sentido de la responsabilidad del periodista honrado en nada le cede a la de cualquier otro intelectual»<sup>10</sup>.

---

10 Weber, M., *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 1981, pp. 117-118.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Blanco, I. (2005): *El periodismo de José Ortega y Gasset*. Madrid: Biblioteca Nueva - Fundación José Ortega y Gasset

----- (2006): «Ortega o el periodismo circunstancial», en *Revista de Occidente*, n.º 300.

Carballo Picazo, A. (1954): «El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España», en *Revista de Literatura*, n.º 9/10, Madrid.

Lippmann, W. (1920): *Liberty and the News*. New York: Harcourt, Brace and Howe.

----- (1922): *Public Opinion*. New York: Macmillan.

Marías, J. (1984): *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza Editorial.

Ortega y Gasset, J. (1911): «Un adivino de sueños», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. I, 473-474.

----- (1914): «Meditaciones del Quijote», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. I, pp. 747-825.

----- (1921): «Meditación del marco», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. II, 431-436.

----- (1929): «¿Qué es filosofía?», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. VIII, pp. 235-375.

----- (1930): «Sobre el poder de la prensa», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. IV, 342-346.

----- 1930): «La rebelión de las masas», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. IV, pp. 349-528.

----- (1930): «Misión de la Universidad», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. IV, pp. 531-568.

----- (1932): «Prólogo a una edición de sus Obras», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. V, 88-98.

----- (1934): «Prólogo para alemanes», en *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010, vol. IX, pp. 125-165.

Senabre, R. (1975): «Correcciones y variantes en textos orteguianos», en *Homenaje a la memoria de Don Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970)*. Madrid: Castalia.

Sotelo, I. (1983): «Filosofía de periódico», *El País*, 22-11-1983.

Weber, M. (1981): *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Recibido: Diciembre 2013

Aceptado: Marzo 2014